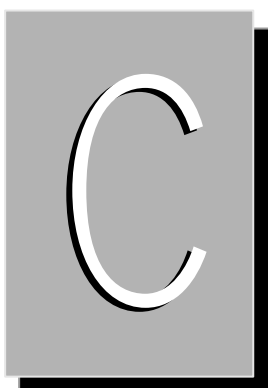


## Prólogo



uando se aproximan las vacaciones, los medios realizan encuestas con personajes públicos sobre dónde y cómo aprovecharán el presumible descanso. Un año tras otro, repiten las mismas preguntas e idénticas omisiones. El periodista interroga sobre las lecturas que ocuparán el tiempo libre e insinúa la práctica de algún deporte para reducir el colesterol. El preguntado acaba charlando sobre experimentos gastronómicos impublicables. Al consumidor, mediático quizá, le sorprenda la ausencia de alusiones musicales y cinematográficas, pero ésta está justificada por una tradición divorciada de la lógica de finales de siglo.

Sólo la música clásica parece culta, y a la cinefilia le asignan un rango menor con el que discrepo. Encuentro en el cine una coincidencia, con Fernando Savater.

Tiene un potencial tan extraordinario como la literatura para suscitar la reflexión sobre los valores humanos y para ayudar a la formación de la persona. «Las obras de ficción, sean literarias o cinematográficas, no tienen porque ofrecer códigos inapelables, sino perspectivas desde las que considerar nuestros quereres y nuestros gestos». Debemos aprender a ver cine con las mismas aspiraciones didácticas con las que leemos libros. Podemos recurrir a él para ayudarnos a comprender lo que nos rodea y lo que interiormente nos desasosiega, pero esa pedagogía sólo será posible si renunciamos a las vulgaridades en la televisión e implantamos una sólida industria audiovisual.

Hoy, mediante la televisión (en la que se invierte un tiempo excesivo), los escolares acceden con mayor facilidad al conocimiento de los Estados Unidos de América que al de Andalucía, que la tenemos más cerca y además somos nosotros. No tenemos el cine andaluz que nos merecemos, pero se ha hecho mucho cine sobre Andalucía. «Sin contar con Andalucía», apostilla, acertadamente, Fernández Santos. Un problema añadido y bastante grave, porque el supuesto cine sobre lo andaluz ha generado una imagen estereotipada de Andalucía, una imagen parcial, exagerada y cargada de prejuicios ajenos a lo andaluz.

Andalucía es mitómana y no va a renunciar a una cualidad que precede a sus orígenes tartésicos. Para mostrar su singular aportación a la mitomanía universal, bastan ejemplos más o menos recientes, pero indiscutibles. He ahí el más expandido: Don Juan, que algunos expertos relacionan con la figura del sevillano Miguel de Mañara. Un ligero análisis permite definir algunas claves de esa universalidad. Primero, la leyenda escrita por Tirso de Molina, y las múltiples versiones que irán reinventándola. Después, o tal vez simultáneamente, la adaptación teatral.



Antonio Ortega  
Consejero de Relaciones con el Parlamento  
Junta de Andalucía

En el Siglo de Oro, el teatro ejercía una función similar a la que ahora cumple el cine y la televisión (sobre la que podríamos realizar un capítulo de matizaciones). El teatro entonces y el cine y la televisión ahora, propagan ideas y conocimientos, son medios que contribuyen a la apasionante tarea de la formación humana, si bien, debemos aprender a verlos: «ofrecen perspectivas desde las que considerar nuestros quereres y nuestros gestos». El consumo sin criterio conlleva la aceptación de estigmas como los del cine sobre lo andaluz, tan erróneos como resistentes al cambio.

La parte que considero más interesante de esta obra (que es importante en su conjunto), es precisamente la que se dedica a promover la corrección de esas ideas fijas sobre Andalucía, y lo hace por la evidencia contraria a los estereotipos. La más atractiva, sin embargo, está destinada a descifrar mitos y arquetipos. Ese atractivo lo configuran los pueblos andaluces. Todos tienen su propia leyenda, alguna narración bella y fabulosa que ha ido transmitiéndose de generación en generación como si fueran históricas. Y lo son. Unas porque proceden de acontecimientos reales y las otras porque el tiempo les ha dado esa categoría.

Las leyendas embellecen las historias locales y todas ellas la común de Andalucía. Constituyen un patrimonio cultural al que se ha prestado poca atención, casi ninguna. Sospecho que muchas han ido perdiéndose y otras navegan con rumbo incierto, quizás encaminadas a la desaparición. No es necesario remontarse mucho en el pasado para toparnos con los inconvenientes. La aristocracia andaluza no anduvo a la altura cultural que correspondía a sus estamentos de poder y riqueza y nunca surgió la burguesía que la reemplazara. Unos y otros cultivaron poco la cultura, prácticamente nada y, por razones aparentemente estúpidas, tampoco el Estado promovió instituciones culturales.

Esa agua mueve el molino de nuestros dolidos sentimientos; pero, afortunadamente, los tiempos han cambiado. Ahora, debido a la Junta de Andalucía, cada provincia cuenta con su propia Universidad. Un significativo testimonio de lo que está haciéndose en ellas lo aporta, desde la de Huelva, el Grupo Comunicar. Encuentro en sus publicaciones inagotables posibilidades para el «después»: la adaptación al lenguaje del siglo XXI, el audiovisual.

Estoy convencido de que un cine enraizado en ese patrimonio andaluz contribuirá a consolidarlo y permitirá corregir la imagen estereotipada que fomentó de Andalucía la cinematografía de antaño.

Quiero decir que prologar esta obra me ha producido una enorme satisfacción. Los excelentes autores que participan en la misma me han obligado a ordenar una serie de reflexiones que pululaban sueltas por la memoria y a introducir, en ese tesoro, otras con las que igualmente he enriquecido mi posición andalucista. En la próxima ocasión, ya puede intuir el periodista a qué dedicaré las vacaciones.